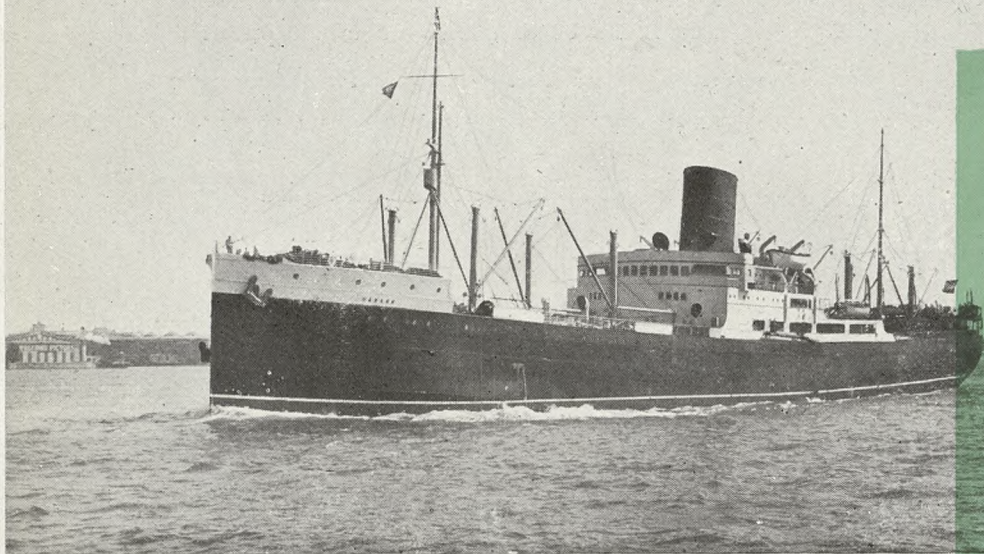


# EL "HABANA" EN VERACRUZ



LA ciudad que fundó Hernán Cortés tiene algo de Cádiz y algo de Huelva, añorado el todo con mucho jugo tropical. En pie los edificios del tiempo de los españoles; Veracruz es, entre las del mundo, una de las ciudades tropicales de más prestancia y abolengo. Es una ciudad que rezuma literatura. Bajo los soportales de la plaza toman café algunos hidalgos que siguen viviendo en el siglo pasado: la vida moderna y las canoas a motor no los han eliminado del todo. Ruidos de ropa, no han adoptado, sin embargo, el descamisamiento, que es hoy el uniforme de medio mundo. Siguen con sus trajes de rayadito y sus planos sombreros de paja, consultando la hora en sus relojes de gruesa plata con un escudo familiar grabado en la tapa.

Desde algunos días antes, Veracruz unía a su rancio sabor español el acento neto, jovial y actualísimo de miles y miles de españoles llegados desde la capital y desde Puebla, Guadalajara o Tampico, para ver penetrar por la bocana de Veracruz el primer transatlántico que entra en Méjico desde hace cerca de doce años batiendo pabellón rojo y gualda. Muchísimos mejicanos se han unido a esta peregrinación de los españoles de Méjico, porque han venido en el "Habana" los restos del gran historiador mejicano Carlos Pereyra, acompañados por su viuda, la poetisa María Enriqueta.

No cabía un alfiler más en los hoteles y restaurantes de Veracruz. Yo, por ejemplo, fui a parar en casa de un gran industrial español, a quien ni siquiera conocía personalmente. Los rostros rotizos de los asturianos y las boinas vascas tenían materialmente invadida la ciudad.

—¡Cómo has crecido, niña, desde la última vez que te vi en Motrico!

Los "mariachis" mejicanos cantaban rancheras por los cafés, mezcladas con lo de "Desde Santurce a Bilbao..."

Cuando sólo faltaban unas horas para la entrada del "Habana", empezó a soplar un "Norte" huracanado que, en algunos momentos, parecía que iba a convertirse en tornado. Se acabó el calor, pero nada faltaba con ello para proseguir en el tipismo del golfo de Méjico. El "Habana" no pudo acercarse al puerto y se pasó un día entero "a la capa", cuarenta millas mar adentro. Y aunque a la mañana siguiente los prácticos del puerto no se atrevían a salir, el capitán del "Habana", un recio vasco, forzó el paso y, a las siete, el pabellón español, a media asta y con crespón de luto, se deslizó buscando colocación entre el clásico pabellón británico, que siempre está en todos los puertos en el mástil de un barco, y el pabellón notandés, que ondea en el palo de un buque de Curaçao. A pesar del vendaval y la hora, el muelle se había llenado como un barril de arenques.

Había verdadera hambre y sed de bandera roja y gualda. Sin histrionismos y con elevado tono, digno de lo que con esta llegada se simbolizaba, al atracar el buque se aplaudió, mientras muchas personas lloraban en silencio. Los fotógrafos y operadores de la "radio" se precipitaron los primeros a bordo. En el camarote del capitán saludamos al conde de Sepúlveda, delante del cual habían colocado los micrófonos, y Sepúlveda saludó a Méjico en nombre de la Compañía Transatlántica, que lleva casi cien años enlazando Veracruz con la Madre Patria. Apenas pudo terminar su discurso. Se le hizo un nudo en la garganta.

María Enriqueta Pereyra fué materialmente asaltada por sus admiradores mejicanos. Después de ser saludada la viuda por las autoridades y representaciones oficiales, fué desembarcado el féretro del ilustre historiador, al que rindió honores una compañía de Infantería de Marina. María Enriqueta seguía detrás del féretro, pero tuvo que ser izada a un coche para evitar ser totalmente estrujada por la multitud. La pobre anciana, inundada de flores que le echaban las niñas de las escuelas, y sepultada por el entusiasmo de la multitud, nunca se habrá visto, probablemente, en peor aprieto.

El día de la llegada del "Habana", Veracruz estuvo en fiestas. Todo el mundo se lanzó a la calle. Los coches no dejaban apenas transitar por el centro, y las aceras de la espléndida plaza estaban obstruidas por tanta gente abrazándose.

Hubo entusiasmo español y entusiasmo mejicano. Pero no son distintos. Es uno solo e indivisible.

